



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO VII

¿Qué era aquello?

La más estúpida de las mentiras

Los revolucionarios de 1910, se jactan de haber derrocado la Dictadura del general Díaz. Falso; ya eso no existía en México muchos años antes de 1910, y si hubiera existido, no la habrían derrocado mientras fuese el gobierno orgánico de la nación.

Una dictadura orgánica, es una banda compuesta por los más aptos para dominar, según el modelo de actitudes que marca la época, banda más o menos disciplinada con terror y corrupción por una mano de hierro. La banda, tiene por objeto supremo el robo público, y su organización dictatorial le impide consumarlo hasta arruinar al país. Corresponde al dictador estable, contenerse a sí mismo, contener a la banda que habla mucho de patriotismo, por lo mismo que casi ninguno tiene. Los provechos de la explotación racional del pueblo, deben repartirse entre los miembros de la banda, en proporción de sus servicios, no al país, sino a la misma banda, y de la potencia de cada miembro para causarle mal si se le disgusta. Como ya lo dije bastantes veces, es el gobierno de los amigos por los amigos y para los amigos; pero los amigos deben satisfacer la ley histórica: el gobierno por los más aptos y para los más aptos.

Corresponde a un país que merece la dictadura, no

soportarla cuando el dictador, de déspota pasa a tirano. La tiranía, nunca puede ser orgánica. El vulgo y sus sabios, confunden el despotismo con la tiranía. En el despotismo, la voluntad racional del déspota es ley de la nación; en la tiranía, la voluntad irracional del tirano es ley de la nación. Por tal motivo, todo país debe eliminar al tirano tan pronto como aparezca, no dejarlo gobernar, si es posible, ni una hora. Un país de dictadura orgánica, no debe tolerar el robo público en grado incompatible con su prosperidad o existencia material. Los fueros del vientre, deben ser respetados; los pueblos que exigen al dictador el respeto a la forma del gobierno democrático representativo, en ningún caso deben tolerar que sea destruída esa formidable barrera impuesta al absolutismo.

Los medios para deshacerse de un tirano, han sido: insurrección popular de la ciudad, insurrección de los campos, cuartelazo con o sin guerra civil, y el tiranicidio. El primer medio, es propio de los países industriales con ciudades enormes repletas de obreros; el segundo, es el de los países de agricultura extensiva, en que los pueblos resisten a la tiranía por medio de guerrillas, la mayor parte de bandidos representantes de la sociedad, y aplaudidos por ella. El regicidio o el tiranicidio, sólo es posible en países de políticos viriles, fanáticos, capaces de sacrificarse por una buena o mala causa, si en el acto no hay felonía ni es cobarde. El cuartelazo, ha sido y es el recurso favorito usual en los cesarismos, particularmente en los de la América latina.

He apuntado que el general Díaz hizo todo lo posible para quitar hasta el más insignificante atractivo a la carrera militar, y hacerla despreciable, con el objeto de que la juventud de tamaños, y por consiguiente ambiciosa, no tuviera educada su energía, sino dispuesto su espíritu por prácticas de audacia y valentía, a las aventuras de la ambición. El general Díaz hizo este cálculo: el ejército hace al César en la mañana, y lo deshace en la noche; para reinar eternamente, hay

que suprimir el ejército y convertirlo en una pacífica institución de policía, buena para perseguir gavillas de malhechores, vigilar a los pretores de los Estados, suministrar palizas a los periodistas, asesinar a ciertas personas sobrantes, ganar elecciones con soldados disfrazados de léperos, y marchar en formación de lujo en las fiestas cívicas. Sin la rebelión de los yaquis, que obligó al gobierno federal a sostener en Sonora, durante veintiocho años, un contingente de fuerza obligado a batirse con gente brava y audaz, contingente que era remudado, nuestro ejército no hubiera resistido un combate a pedradas con una plebe hambrienta, furiosa: porque si bien es cierto que el ejército alemán no olió la pólvora en cuarenta y seis años de paz, sí olió el honor militar, descendido en corriente impetuosa de sus tradiciones, y el gobierno cuidó siempre de exaltar ese espíritu militar, por medio de la religión, de la escuela, de la literatura, de la historia, del teatro, de los cines, de la prensa, de todo lo que era vida y grande en aquella fastuosa e imponente nación; mientras que en México, se trabajó durante treinta años, para acabar, no solamente con el espíritu militar, sino con el espíritu masculino, con el femenino, y con todo lo que condujera a revelación de virilidad animal.

En sociología, el ejército desempeña una gran función en todas las naciones, especialmente en las que falta a sus habitantes energía: el ejército, es creador de energía, es creador de espíritu de sacrificio, es creador de ambición en mando, más que de riqueza; es creador de patriotismo, es creador de altivez, es creador de honor colectivo y exaltante, de honor personal; por último, el militar verdaderamente soldado, como padre de familia es creador, en sus hijos, de espíritu militar, o lo que es lo mismo, es creador, en su hogar, de ciudadanos enérgicos y dispuestos a no tolerar, por ningún motivo, dictaduras de treinta años, sobre todo, cuando han dejado de serlo.

Perseguido y casi muerto el espíritu militar de una

nación, surge el de cobardía, surge la anemia perniciosa social, surge el extraño esclavo latinoamericano, distinto del esclavo turco y del esclavo negro colonial; surge la debilidad del gemidor resignado a las alegrías asquerosas del parásito en ceba palacial. Esa es la paz sin ejército, la verdadera escuela teórica y práctica que enseña a los hombres a no matar ni a ser matados en cumplimiento del deber, y sin provecho personal.

La política anti-militarista cerrada, del general Díaz, fué aplaudida por la opinión pública, de escuela jacobina, educada en el odio al ejército permanente. El señor Limantour, obtuvo sus célebres reservas del Tesoro, a costa del aniquilamiento del ejército.

Al gobierno de un César, le corresponde lógica, moral e históricamente un ejército pretoriano que lo derroque y que lo mate, si las circunstancias lo exigen. Toda tiranía es constante y aceleradamente progresiva; el ejercicio de la tiranía, abre el apetito de atentados, mientras más monstruosos son los que se cometen. Es inmoral y absurda la doctrina, de que un ejército debe ser el verdugo incorruptible de un tirano, o una máquina para destruir pueblos, o a toda la humanidad. Esta ya no existiría si los pueblos serviles, no pudiendo elevarse a defensas democráticas, no se hubieran salvado de las tiranías que los llevaban a la muerte, por el tiranicidio o por la defección del ejército. Horrible es pensar que la fuerza armada, que puede aniquilar a una nación, deba ser de la propiedad absoluta para uso libre absoluto, de un malvado, de un idiota, de un octogenario chocho, de un loco lipemanfaco. Hay monstruosidades que se rechazan hasta en el segundo período de una borrachera de ajénjo, y que los moralistas recomiendan con su abominable fe en los principios absolutos; y uno de los más perniciosos, es el de la fidelidad absoluta de los ejércitos a un hombre, no obstante que se les titule ejércitos nacionales.

El ejército no debe ser político, pero debe sentir la política en su patriotismo, y si ésta es en contra de la patria, está obligado a derrocar al tirano. La defec-

ción en este caso es tan grande, como la fidelidad a un gobierno justiciero. El ejército no debe ser político; en consecuencia, debe obrar cuando se lo exija la verdadera opinión pública. En los países de dictadura y anarquías, el ejército tiene dos nobles funciones: acabar con las anarquías y acabar con los tiranos.

Era innegable que la opinión pública, con ardor, con desesperación se oponía a que el general Díaz en su testamento político, legara a los científicos satanizados toda su omnipotencia. El ejército debió haber derrocado al general Díaz, porque después de haber macerado éste a don Ramón Corral, durante seis años, en una cloaca de difamaciones y calumnias, escupió el César el rostro de la patria, tratando de imponerle a la criatura vil, para probar al mundo que era el dueño absoluto de animales cobardes y podridos, llamados mexicanos.

Si las clases clásicas directivas habían perdido la noción de la virilidad, no así las clases populares y subpopulares. La clase social que pierde la virilidad, pierde el título de soberanía sin el cual no puede haber gobierno. El valiente, es imposible que se deje gobernar por el cobarde, más que en el terreno de lo personal, jamás tratándose de colectividades; y esa es una de las razones por la que China no ha conquistado a Europa, y por la que Europa tiene siempre bajo de los pies a China.

Desde el momento en que el ejército mexicano ya no existía, sino como una caricatura de ejército, faltaba el órgano que responde al mundo de la utilidad de las dictaduras. Tan pronto como el César degenera, el ejército debe pulverizarlo y proclamar nuevo César. Tampoco, no existiendo ejército, la sociedad podía ser defendida contra un levantamiento de malhechores o de hordas bárbaras, llenando una función suprema y preciosa de una dictadura. Lo expuesto me autoriza a afirmar, que no habiendo ejército, la dictadura era ya tan deforme que no merecía más tiempo de existencia.

La asfixia por falta de renovación

La vida se manifiesta por la constante renovación de sus elementos, en distintas unidades de tiempo; sin renovación no hay vida, y cuando aquélla se retarda, el organismo sufre, adquiere enfermedades que pueden ser mortales, y si no hay renovación muere. El Estado, es un organismo que debe obedecer a la ley de renovación. En los países libres, el pueblo renueva por medio del sufragio popular todo el servicio político, y el administrativo es lentamente renovado, conforme a leyes sabias dictadas por experiencia secular. En las dictaduras, corresponde al dictador hacer esa renovación, no con el rigor que imponen los países sanos y robustos, sino dejando campo libre a la enfermedad que persigue a los infelices pueblos latinoamericanos, sometidos a regímenes cesaristas.

Veamos cuál era la desgraciada situación de México en 1º de enero de 1910, en cuanto a renovación:

Nombres	Tiempo de ejercicio
Presidente, general Porfirio Díaz.....	33 años.
Secretario de Relaciones, Ignacio Mariscal	26 „
Secretario de Guerra, M. González Cosío, en el gabinete	19 „
Secretario de Comunicaciones, Leandro Fernández, en el gabinete.....	16 „
Secretario de Hacienda, José I. Limantour	17 „
Secretario de Justicia, Justino Fernández	9 „
Secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra	7 „
Secretario de Gobernación, Ramón Corral	6 „
Secretario de Fomento, Olegario Molina..	2 „

GOBERNADORES DE ESTADOS

Chihuahua, <i>Olan Terrazas</i>	42 „
Sonora, <i>Trust Torres, Corral y compañía</i> ..	29 „

Querétaro, Francisco Cosío.....	26 años.
Tlaxcala, Próspero Cahuantzi.....	26 „
Aguascalientes, A. Vázquez del Mercado, en dos veces.....	24 „
Michoacán, Aristeo Mercado.....	24 „
Tabasco, general A. Bandala.....	22 „
Puebla, general Mucio Martínez.....	18 „
Veracruz, Teodoro Dehesa.....	18 „
Hidalgo, Pedro L. Rodríguez.....	18 „
Guanajuato, J. O. González.....	17 „
Durango, Estéban Fernández.....	16 „
Tamaulipas, Juan B. Castelló.....	12 „
Zacatecas, Ortiz de Zárate.....	10 „
Oaxaca, E. Pimentel.....	8 „
Chiapas, Rafael Rabasa.....	8 „
Jalisco, Miguel Ahumada.....	6 „
México, Fernando González.....	8 „
Colima, Lamadrid.....	5 „
Yucatán, Enrique Muñoz Arístegui.....	4 „
Campeche, Aznar.....	4 „
Guerrero, Damián Flores.....	4 „
San Luis, Espinosa y Cuevas.....	4 „
Morelos, Pablo Escandón.....	1 „
Coahuila, Jesús del Valle.....	1 „
Sinaloa, Diego Redo.....	1 „
Nuevo León, general Mier.....	5 meses

Se ve que la mayor parte, casi los dos tercios de la población de la República, estaba gobernada por personas que habían disfrutado el poder más de quince años.

En el Estado de Colima, el gobernador Lamadrid substituyó al coronel Santa Cruz, muerto por enfermedad; en Morelos, don Pablo Escandón substituyó al coronel Alarcón, muerto por enfermedad; en Guerrero, el gobernador don Damián Flores substituyó a don Manuel Guillén, muerto por enfermedad; en San Luis Potosí, el gobernador Espinosa y Cuevas substituyó a don Blas Escontría, muerto por enfermedad.

El señor Muñoz Arístegui, substituyó como gobernador del Estado de Yucatán al licenciado don Olegario Molina, promovido a Secretario de Fomento. Don Jesús de Valle, fué designado gobernador de Coahuila como consécuencia de la ruptura de amistad entre los generales Díaz y Reyes, siendo necesario, al primero, colocar en Coahuila a un enemigo de su enemigo.

Los datos anteriores, prueban que el programa político del general Díaz, practicado desde 1893, no era el de un gobierno progresista, sino el de un gobierno siniestra y tontamente conservador, porque no se había propuesto contener las ambiciones individuales, dentro de los límites que las hacen extremadamente saludables y necesarias para la conservación de la vida social, sino que había resuelto matarlas enteramente, con lo cual hacía política de ataúd para su país.

Las consecuencias de esa falta de renovación, fueron los enormes desaciertos que derrocaron a la Dictadura, precipitando en irreparable ruina a la nación.

* * *

Un gobierno de valetudinarios

Nombres	Edades, en enero de 1910
General Porfirio Díaz, Presidente de la República.....	79 años.
Licenciado Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones.....	83 „
Licenciado Justino Fernández, Secretario de Justicia.....	83 „
General Manuel González Cosío, Secretario de Guerra.....	79 „
Licenciado Olegario Molina, Secretario de Fomento.....	65 „
Secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra.....	64 „
Ingeniero Leandro Fernández, Secretario de Comunicaciones.....	59 „

Ramón Corral, Secretario de Gobernación	60 años.
Licenciado José I. Limantour, Secretario de Hacienda	56 „
Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito	69 „
Rafael Chausal, Secretario Particular del Presidente	58 „

GOBERNADORES DE ESTADOS

Tlaxcala, Próspero Cahuanti	80 „
Tabasco, general Abraham Bandala	78 „
Michoacán, Aristeo Mercado	77 „
Puebla, Mucio Martínez	75 „
Guanajuato, J. Obregón González	70 „
Aguascalientes, A. Vázquez del Mercado	72 „
Querétaro, F. Cosío	68 „
Chihuahua, José María Sánchez	68 „
Zacatecas, F. Ortiz de Zárate	66 „
Nuevo León, general Mier	66 „
Tamaulipas, Juan B. Castelló	69 „
Sonora, Luis Torres	65 „
Hidalgo, Pedro L. Rodríguez	67 „
Campeche, Tomás Aznar	65 „
Coahuila, Jesús del Valle	64 „
Durango, Esteban Fernández	62 „
Chiapas, R. Rabasa	54 „
Yucatán, Enrique Muñoz Arístegui	56 „
Guerrero, Damián Flores	56 „
Morelos, Pablo Escandón	55 „
México, general Fernando González	44 „
Sinaloa, Diego Redo	45 „
San Luis, Espinosa y Cuevas	51 „
Colima, Lamadrid	41 „

El Presidente de la Suprema Corte, don Félix Romero, tenía ochenta y tres años, y el 60% de los magistrados, pasaba de setenta años.

En la Cámara de diputados, los había de ochenta y noventa años, y su mayoría pasaba de sesenta años. El

Senado, era una colección de momias sin pensamiento y en permanente estado comatoso.

En el ejército, los jefes con mando eran ancianos ineptos, y algunos cobardes. Bravo, tenía ochenta años, Navarro, Luque y Trucy Aubert pasaban de setenta años. Como lo tengo dicho, había coroneles setentones, lo mismo que tenientes coroneles y mayores; capitanes de sesenta y cinco años, y subtenientes de sesenta.

Semejante personal, debía conducir al país a donde lo condujo, a una catástrofe *sans pareil*.

*
* *

El destronamiento de la mesocracia

Al hacerse las elecciones federales, en julio de 1910, el poder público se hallaba en manos de los ricos, y las reelecciones resultaron en favor de los ricos, puesto que ellos las hacían.

Nombres	Fortunas
General Porfirio Díaz, Presidente de la República.....	Multimillonario.
Secretario de Relaciones, Enrique Creel.....	Multimillonario.
Licenciado Justino Fernández, Secretario de Justicia.....	Multimillonario.
Licenciado Olegario Molina, Secretario de Fomento.....	Multimillonario.
Don Ramón Corral, Secretario de Gobernación.....	Multimillonario.
Licenciado José I. Limantour, Secretario de Hacienda.....	Multimillonario.
Licenciado Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública.....	Pobre.
Secretario de Guerra, general Manuel González Cosío.....	Medio millonario.

Ingeniero Leandro Fernández, Secretario de Comunicaciones Modesta fortuna.

GOBERNADORES DE ESTADOS

Chihuahua, <i>Clan Terrazas</i>	Multimillonario.
Sonora, Luis Torres	Multimillonario.
Puebla, Mucio Martínez	Multimillonario.
Tabasco, Policarpo Valenzuela	Multimillonario.
Hidalgo, Pedro L. Rodríguez	Millonario.
México, general Fernando González	Multimillonario.
Morelos, Pablo Escandón	Multimillonario.
Guanajuato, J. Obregón González	Millonario.
Veracruz, Teodoro Dehesa	Millonario.
Jalisco, Miguel Ahumada	Millonario.
Querétaro, Francisco Cosío	Millonario.
Coahuila, Jesús del Valle	Demimillonario.
Yucatán, Enrique Muñoz Arístegui	Demimillonario.
Michoacán, Aristeo Mercado	Demimillonario.
Chiapas, R. Rabasa	Modesta fortuna.
Campeche, Tomás Aznar Cano	Modesta fortuna.
Guerrero, Damián Flores	Regular fortuna.
Sinaloa, Diego Redo	Regular fortuna.
San Luis, Espinosa y Cuevas	Regular fortuna.
Colima, Lamadrid	Regular fortuna.
Aguascalientes, Vázquez del Mercado	Pobre.
Oaxaca, Emilio Pimentel	Pobre.
Zacatecas, Ortiz de Zárate	Pobre.
Tamaulipas, Juan B. Castelló	Pobre.
Nuevo León, general Mier	Pequeña fortuna.
Distrito Federal, Guillermo L. Escandón	Multimillonario.

La mayor parte de los gobernadores de los Estados, entraron en el poder ya ricos, lo mismo que en el gabinete del general Díaz. El gobierno de los "científicos," prometía solemnemente al país ser gobernado exclusivamente por hombres de negocios de buena o

mala ley, millonarios, y si era posible, aristócratas de abolengo, como lo prueban los hechos siguientes:

El señor Limantour fué el que designó en 1904, a solicitud del general Díaz, a don Ramón Corral, multimillonario. En 1904, fué el señor Limantour quien devolvió el Estado de Chihuahua al *Clan Terrazas*, representante de la aristocracia chihuahuense y representado en el gobierno del Estado por don Enrique Creel, multimillonario, y éste, a su vez, dejó en su lugar a don José María Sánchez, millonario y de la aristocracia de Chihuahua. El señor Creel era, además, cliente del bufete de don Joaquín Casasús, y fué quien lo recomendó al señor Limantour, que no lo conocía.

Fué el señor Limantour, quien consiguió que el general Díaz colocara de gobernador en Campeche, al voraz hombre de negocios don José R. Castelló, que hizo quebrar al banco del Estado, y que era cliente del bufete del licenciado Casasús y recomendado por éste al señor Limantour.

Fué el señor Limantour, quien recomendó al general Díaz a don Policarpo Valenzuela, llamado el "Terrazas del Sur," multimillonario y cliente del bufete del licenciado Casasús, para ocupar el puesto de gobernador del Estado de Tabasco. Fué el señor Limantour, quien influyó para que don Damián Flores, amigo de la familia Casasús y recomendado por don Joaquín, fuese impuesto gobernador del Estado de Guerrero. El licenciado don Olegario Molina, multimillonario, fué recomendado al general Díaz para gobernador de Yucatán por el señor Limantour, perteneciendo el señor Molina a lo más granado de la plutocracia yucateca. Fué el señor Limantour, quien recomendó a don Diego Redo, rico y miembro de la aristocracia de Sinaloa, para gobernador del Estado. Fué el señor Limantour, quien recomendó y logró que don Jesús del Valle, semimillonario y de lo más selecto de la sociedad de Coahuila, fuese nombrado gobernador de dicho Estado.

No nombró más gobernadores de Estados el general Díaz, por indicaciones del señor Limantour, porque no

hubo más plazas vacantes, pero se notará que el programa preciso era el que acabo de censurar: entregar al elemento rico todos los altos puestos públicos; y era alarmante, y enfureció al elemento mesocrático, que en siete gobernadores de Estados, cedidos por el general Díaz a los *científicos*, cuatro fueran designados por el señor Casasús, siendo tres de ellos clientes de su bufete. La opinión pública no fué desacertada, al temer que los "científicos" en el poder, colocarían de gobernadores a los multimillonarios clientes de sus bufetes.

Estudiando, no leyendo la historia de México, se nota que en el torbellino de la anarquía se desenvuelve, enérgico e imperturbable, un fenómeno: la lucha por el poder, de las clases sociales, llegando la mesocrática a una victoria completa al caer en el Cerro de las Campanas, fusilado, el archiduque Maximiliano; desde esa fecha, la clase media, dominando en ella el elemento mestizo o sea el popular, adquirió el *control* del país, acaudillada por el proletariado profesional. El general Díaz, sin meditarlo, y el señor Limantour, por sus inclinaciones plutocráticas y aristocráticas, se propusieron y lo lograron, arrebatarse el poder a la mesocracia y fincarlo en las clases ricas. El general Díaz, secundado por el señor Limantour, no solamente abrió los brazos a los católicos, con su magnífica y aplaudida política de conciliación, sino que fué más allá, a la preferencia del gobierno del país por los aristócratas multimillonarios y católicos. Indudablemente que la obra política del general Díaz, significaba una obra de destrucción, de lo que habían hecho sesenta años de anarquía, cumpliendo con una ley de evolución, que era la del poder público descendiendo de los menos a los más, de los ricos a los pobres, de los privilegiados a los desheredados de levita.

Tanto el general Díaz como el señor Limantour, cometieron otro error muy grave, expulsar de su pensamiento y de su sentimiento, a las clases pobres populares; para ellos, no existían. De tanta omnipo-

tencia, jamás salió una ley en favor de los desamparados; se concebía el progreso, pero sin los miserables, y para ellos, en treinta años, no hubo ni un aumento de salario ni un aumento de piedad.

La revolución tenía que venir, no por las sofismas de la imposición de Corral, ni por chismes palaciales, ni por intrigas birlescas, ni por rapacidades de rufianes. Tenía que venir, de acuerdo con la frase de Lady Macbeth después del asesinato del rey Duncan: "lo hecho no puede deshacerse." De acuerdo con la evolución histórica, en nuestra historia había un cadáver: la autoridad de las clases privilegiadas, fundada en dogmas tradicionalistas, y ese cadáver, como el del rey escocés, no podía volver a ser rey, y fué lo que se propusieron los señores general Porfirio Díaz y don José I. Limantour: el destructor de lo que se había hecho en setenta años de revolución, de 1810 a 1880.

Nadie lo decía en 1908. Se anunciaba la revolución, en apariencia, por asquerosos intereses particulares; pero las revoluciones usan de los revolucionarios, burlándose de sus ensueños, de sus ideales, de sus castillos en el aire, de sus venganzas en la infamia, de sus teorías absurdas. La revolución tenía que venir, como más tarde apareció, como una reacción violenta y desenfrenada contra la alta obra del general Díaz; debía ser la revolución contra todo lo caduco del pasado, contrariando la marcha del César y su Vicario, de regresar a lo que ya en el presente no podía tener vida, perteneciendo a lo pasado.

*
* *

Aquello no era plutocracia

Los revolucionarios de mejor talento e instrucción, aseguran con éxito completo en México, que al tumbar a la dictadura porfirista, derrocaron una plutocracia. Me veo obligado a decir, que su pensamiento chancle.

tea y los desacredita como hombres de ciencia. Si en México, en 1910, hubiera existido una plutocracia, la Revolución no habría triunfado, entre otras razones, porque el general Díaz, desde diez años antes por lo menos, habría sido expulsado del país por una revolución plutocrática. Las plutocracias no aguantan dictadores degenerados, ni a los más sanos les permiten siete reelecciones.

La plutocracia, es el gobierno moderno en los países industriales; antes de la guerra, gobernaba en los Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Francia, España; gobierna en Chile, Argentina, Brasil. Contra las plutocracias, sólo puede luchar, sin vencer tal vez definitivamente, el bolshevismo. Y en México, en 1910, no había bolshevismo; y si lo hubiera habido, lo habría dominado la plutocracia sin grandes dificultades, puesto que México no es país industrial. Si la revolución de 1910 hubiera sido bolshevista, don Francisco I. Madero, antibolshevista, no habría sido llevado por el pueblo, en masa, a la Presidencia.

En México, país de políticos hambrientos y casi todos degradados, buscando quién los compre y vendiéndose hasta por cincuenta pesos mensuales o menos, una plutocracia habría metido en sus refectorios, con poco gasto, a todos los agitadores, exceptuando a don Francisco I. Madero y a su sombra. El reyismo, se habría quedado sin un apóstol. La experiencia nos enseña hechos públicos, superbochornosos. Cuando fui director de *El Siglo XIX*, ataqué con vigor al *trust* del azúcar, e invité a los editores de periódicos a que me apoyaran en la noble brega. No hubo uno que aceptara, encontraron mis artículos excelentes, pero estaban resueltos a no pelear con los españoles del *trust*, que mucho los podía perjudicar. Uno de ellos me decía: "Con los millones en son de carga a la bayoneta, los pequeños capitalistas o proletarios que luchan para medio comer, tenemos que amainar y rendirnos."

No hubo un periódico, en México, que emprendiese campaña contra el italiano Basseti, contratista leonino

de la lotería de Beneficencia, que ni siquiera cumplió con su contrato. Yo escribí un artículo, fué rechazado por todos los editores, que me manifestaron: "es una porquería el tal contrato, nos está robando ese italiano, pero nos ha dado un anuncio, y lo paga tan bien, que sería tontuna quebrar con tan magnífico cliente." ¡Un italiano, por un anuncio bien pagado, como anuncio, pudo comprar a toda la prensa de la capital, y se burló de México, de su gobierno, de la lotería y de la justicia!

Durante la primera guerra de independencia de Cuba, la conducta de la prensa mexicana fué digna y fraternal, con el pueblo que luchaba por lo que diez años había luchado México. Durante la segunda guerra, la prensa mexicana se portó con entusiasmo para deshonorarse. Sólo el gran periódico *El Universal*, cuyo director propietario era el señor Prida, admitió mis artículos, hasta el momento en que ya no le fué posible, y yo tuve que continuar mi vigorosa campaña, valiéndome de hojas sueltas que hacía imprimir en una imprenta de tercer orden, porque las de grado superior tenían cuentas en los bancos dominados por españoles. Y sin embargo, todos los editores de periódicos mexicanos, y casi todos los escritores, eran ardientes partidarios de la independencia de Cuba. Su actitud la explicaban los editores de periódicos, con las frases: "Si escribimos a favor de la causa cubana, la Colonia española hará que la fábrica de San Rafael, donde domina, nos quite el papel, y quedaremos arruinados." Otro decía: "Si en mi periódico se pone una letra siquiera, favorable a la causa cubana, al día siguiente, los bancos controlados por la Colonia española, me cobran, y como no puedo pagarles, me embargan el periódico, que les servirá para sostener la causa española. Soy, pues, un buen cubano, absteniéndome de hablar en favor de Cuba." Otro exclamaba: "Es imposible ponerse del lado de Cuba contra España, los bancos me cerrarían sus cajas, y sin crédito, no puedo sostenerme." Hubo cosa peor: notables

periodistas mexicanos se dedicaron a sostener la causa española en Cuba. Los había comprado la Colonia española. Mi inolvidable amigo don Telesforo García, español de gran talento y jefe del comité español en México, para auxiliar y defender la causa de su patria, decía a todas las personas que querían oírlo: "Toda la campaña para callar a los enemigos de España, nos cuesta cincuenta y siete mil pesos."

Esa colonia, logró en país extranjero, sofocar el sentimiento nacional en favor de Cuba; lo que prueba la eficacia de las municiones de guerra victoriosas de la plutocracia.

El periódico más importante de México, después de "El Imparcial," en 1909, era "El Diario," foco anticientífico; de su odio hipócrita al gobierno, salió el famoso libelo contra el general Díaz, de Carlo Fornaro, que fué también redactor del periódico. Cuando lo consideró conveniente el licenciado don Pablo Macedo, hizo que el banco Nacional abriera al "Diario" un crédito de cincuenta mil pesos, y el gran periódico fué ultracientífico.

Ya he narrado lo acontecido con la "Popo:" representaba un monopolio más suave que el secular, sólidamente establecido en la ciudad de México. Los monopolizadores amenazados, se defendieron goteándole dinero a la prensa, que, en su mayoría, se puso del lado del monopolio más pernicioso, y la minoría del lado de la "Popo," comprada por esa empresa. Cuando la "Popo" quebró, sus defensores se pusieron contra ella, excepto "El Imparcial," porque ya no les daba dinero. Hice ya notar, que ante el *trust* del pulque, la misma prensa que había declarado a la bebida, destructora del pueblo mexicano y pedido su supresión completa, declaró después esa bebida, higiénica, patriótica, necesaria para inspirar al pueblo ideales de justicia. Los pulqueros, dueños de expendios, la habían comprado.

Me considero obligado a volver a copiar el brindis de Mr. Swinton, antiguo redactor de "The Tribune" y "The Sun."

“No hay en los Estados Unidos algo que pueda llamarse una prensa independiente, si no es en las ciudades de escasa importancia. Vosotros lo sabéis y yo lo sé. Ninguno de vosotros se atreve a manifestar una opinión honrada. Si lo hacéis, de antemano estáis seguros de que eso no se publicará. Yo recibo ciento cincuenta dólares a la semana, por no llevar mis opiniones honradas al periódico en que escribo. Alguno de vosotros, recibe una compensación semejante por un servicio semejante. Si yo permitiera que una edición de mi periódico sacara a luz opiniones honradas, antes de veinticuatro horas, como Otelo, mi ocupación habría terminado. El ciudadano que fuera tan insensato que se ocupara de escribir opiniones honradas, se vería en medio de la calle en busca de otro oficio. El del periodista de New York, consiste en deformar la verdad, en mentir descaradamente, en pervertir, en envilecer, en hacer gracia a los pies de Mammon y en vender a su país y a su raza, a cambio del pan de cada día, o lo que es igual, de su salario. Vosotros sabéis ésto y yo lo sé. ¡Qué insensatez brindar por la prensa independiente! Somos instrumentos, vasallos de ricos, que están detrás de un biombo. Somos los monos saltarines; ellos, tiran de la cuerda, y nosotros bailamos. Nuestro tiempo, nuestra vida, nuestro porvenir, todo pertenece a esos hombres. Somos prostitutas intelectuales.” (1895). — Banquete de la Asociación de la Prensa de New York. Copiado de la “Ilusión Yanqui” de Eduardo Prado, página 134.

¿Y si ese dominio tiene la plutocracia en los Estados Unidos, sobre un pueblo enérgico, alfabeto, religioso, político, organizado admirablemente en gremios, corporaciones, sectas, sociedades, y dueño de un espíritu de coloso para que defienda cada clase sus intereses, qué o quién podría contrarrestar el poder de una verdadera plutocracia en México?

El general Díaz, sostuvo, sin saberlo por su desequilibrio orgánico, una política de negra traición contra una infeliz plutocracia. Por un lado, le halagaba

ser el héroe de la paz, o mejor dicho, "el Héroe del Capitalismo," a quien agradecía que hubiera hecho posible su obra de absoluta dominación y la posibilidad de sus reelecciones hasta la consumación de sus días; y por otro lado, nada le era más grato que ver y saber que el país aborrecía a los *científicos*, al grado de hacer imposible su gobierno. ¡Y bien! ¿quiénes eran los "científicos," si no los representantes públicos de la plutocracia? El odio a los "científicos" tenía que ser odio a la plutocracia, la satanización de los "científicos" conducía a la satanización de la plutocracia, la revolución dedicada a los "científicos," era la revolución dedicada a la plutocracia, cuyos intereses servía el general Díaz, siendo a su vez servido espléndidamente por ellos. He aquí otra prueba de la degeneración del demiurgo.

El señor Limantour, era el tipo del plutócrata de novela de Balzac o de Zolá; llegó a sentar todo sobre la prerrogativa plutocrática. Para él, la especie humana comenzaba con los banqueros y debía encerrarse en un medio de príncipes banqueros y de banqueros príncipes; todos los de más abajo, eran antropoides vistos con asco. Y bien, este jefe de plutocracia profesaba los principios absolutos del *tacañismo*, de la avaricia política, del egoísmo infinito, de la misantropía en los negocios, de desprecio por el Cosmos, fuera del capitalismo. Con semejantes ideas y sentimientos, una plutocracia no es ni puede ser tal plutocracia, del mismo modo que sin fe los creyentes, no habrá creyentes, ni teocracia; del mismo modo que sin métodos militares, ni armas, ni municiones, ni valor personal o colectivo, no es posible el militarismo. El señor Limantour, fué otro enemigo de la plutocracia tan pernicioso y certero como el general Díaz; ambos acaudillaron el movimiento revolucionario contra los plutócratas. El señor Limantour, consiguió y puso en práctica el sistema ruso de Rasputín, que ya existía con diversos nombres y muy conocido como el destructor más eficaz de las autocracias en el tiempo más reducido.

¿El general Díaz y Limantour, qué hicieron? El primero, que el país aborreciera con delirio la plutocracia, y el segundo, se empeñó en privarla de los ovarios por el tacañismo, no siendo su sistema más que presentarla como mortaja estrecha de una falsa severidad, tomada de Bossuet, pretendiendo gobernar a México con las Sagradas Escrituras. Jamás la revolución de 1910 habría triunfado, si en México lo que aparecía como plutocracia, hubiera sido la verdad. Todos los agitadores, tal vez con excepción de uno o de dos, habrían sido comprados con algunos jamones o botellas de ajeno, excepto los de alto copete como don Gustavo Madero, que fué el que lanzó a su hermano a la revolución, para salvar a su familia de la ruina y engrandecerla después de la victoria con el contratismo. Todos los jefes chihuahuenses, con excepción de Villa, Caraveo y algún otro más, se hubieran vendido. Ese caso no hubiera tenido lugar, porque antes, la plutocracia habría comprado a todo el elemento nuevo, al viejo, al feo, al hermoso, al estirado, al indigno, al ejército, a las guerrillas, a la policía. El estado político y moral de México, no era para poder resistir la carga de los millones, como saben gastarlos las verdaderas plutocracias. Precisamente porque había tacañismo, fué por lo que los políticos en masas, imitando manadas de lobos hambrientos, se arrojaron sobre los mal llamados plutócratas. La historia de México, nos presenta casi todos los cuartelazos pagados con dinero del clero o de los agiotistas.

La plutocracia pudo salvar al país, como ha salvado a Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, como probablemente salvará al mundo del bolshevismo. Su tarea en México, hubiera sido fácil y apetecible: calmar los ánimos con inyecciones en los bolsillos. No lo hizo.

¿Qué era por fin aquello?

Aquello no era militarismo, porque no había ejército; no era burocracia, porque estaba prohibido el aumento de empleos y el de sueldos: no era teocracia, porque el gobierno se mantuvo siempre ateo; no era democracia, porque no había pueblo; no era dictadura, porque no había banda de aptos que, bajo cierta disciplina, se repartiesen equitativamente los provechos del poder. La política del César, era postergar a los aptos y disolver la banda con odios intestinos. No había monarquía, porque la nobleza era falsa; no había República aristocrática, porque los ricos eran los más esclavos; no había honradez, porque existían los "Carros Completos;" no había desquiciamiento, porque todo marchaba en orden; no había progreso, porque se galopaba hacia el año de 1822; no había gran riqueza nacional, porque la mayoría del pueblo moría de hambre; no había ciencia, porque sólo la adulación era escuchada; no había conciencias, porque todas estaban podridas; no había autoridad, porque se había disipado el neurosismo bélico, todos eran cobardes; no había modernismo, porque todo lo que era feo, pobre, desvalido, enfermizo, debía despreciarse, olvidarse y esconderse. El proletariado intelectual había perdido su soberanía, se había declarado proletariado de lazarinos mentales, para no ofender al César, que, asomado en el borde del precipicio de sus recelos, odiaba a los de talento. ¿Qué era, pues, aquello? Era el caos helado, en los de arriba, que debía causar el caos de fuego en los de abajo.

¿Qué era lo que necesitaba aquello? La renovación a toda prisa y radical. Desgraciadamente, para el país no había elemento renovador revelado. La caída social fué tan honda, tan tenebrosa, tan impúdica, que se vieron cosas nunca vistas en el peor de los mundos donde por primera vez brilló un grupo político, dando el espectáculo de consentir por dinero en su completa

deshonra. Hubo una cosa peor; la sociedad no pudo presentar contra ese gobierno caduco, gobierno de ancianos venerables o ridículos, de nulidades solemnes o despreciables, de multimillonarios trémulos, parias exentos de toda virilidad, de viejas ladronas y díscolas, de chochos atascados de glicerofosfatos y diciendo sandeces, no pudo, digo, presentar esa sociedad un grupo fresco, joven, adulto, honrado, desprendido, valiente, patriota sincero, digno de dar el escobazo al nido de cucarachas políticas, y tomar a la patria en su espíritu luminoso y en su ambición correcta, sacudirla e inyectarle sangre, virtudes, ciencia, energía, y algún horror por la depravación.

¿Quiénes eran los prohombres respetables del grupo enemigo de los "científicos" en 1908? Personas, sin duda, de más o menos mérito y de consideración pública y privada, en su mayoría resueltas a no ponerse enfrente del Caudillo, responsable legal, moral, histórico de todo lo bueno y malo que hacían los "científicos." Esas personas no pertenecían al elemento nuevo, ni al adulto, pues eran: el licenciado don Ignacio Mariscal, de ochenta años de edad; el general don Manuel González Cosío, de setenta y ocho años; el licenciado don Joaquín Baranda, de setenta; don Teodoro Dehesa, de sesenta años; el general don Bernardo Reyes, de cincuenta y nueve años; don José López Portillo y Rojas, de sesenta años. Todas esas figuras estaban impregnadas de las preocupaciones, de los errores, de las visiones, de las poesías, de los espejismos, de la atmósfera de hospital, en una palabra, de la vejez de la Dictadura. ¡Tal era el grupo alto, renovador de 1908! Veamos cómo era el elemento adulto y juvenil. Un escritor revolucionario, maderista sincero, y que escribe con honradez, dice hablando del reyismo: "Sin su aparición (de Madero), en aquel momento, el sucesor del general Díaz se habría llamado Bernardo Reyes o Emiliano Zapata. Los criollos disidentes de la oligarquía "científica," ayudados por el pretorianismo resurgente, se preparaban a imponer al pueblo en las sombras

rojas del "2 de Abril," un nuevo gobierno más fiero y mucho más peligroso aún que el antiguo, el cual, aunque nunca saciado como Mesalina, representaba, al menos, cierta respetabilidad, cierta opulencia no exenta de grandeza, y en su seno se encontraban las únicas inteligencias de la República, que pudieron, por un hábil juego de complicidad y sumisión, escapar de la racha porfiriana. El reyismo, refugio de medianías fracasadas, se presentaba con el vientre vacío y aguzados los colmillos; agresivo pero prudente, como zorro hambriento, en cuyo programa no entraba otra idea que la suplantación de los "científicos," y el reparto de los puestos públicos." (1)

Otro escritor, enemigo de los "científicos," revolucionario y ex amigo del licenciado don Joaquín Baranda, dice refiriéndose al círculo reyista: "sus aduladores, cínicos, depravados y audaces, hicieron el resto....." "rodeado (el general Reyes) de ambiciosos desenfrenados, muchos de ellos desechos del "cientificismo;" personajes frustrados, henchidos de perversión, que muy al oído y en toda ocasión hacían en torno suyo el papel....." (2)

No habiendo elementos morales e intelectuales revelados, para hacer una revolución, no debía intentarse, ni la opinión pública aprobarla. Una revolución no puede hacerse solamente con una hacha, una tea, un rifle, un puñal, un montón de piedras, sin más principios que el robo público, y también el privado. Eso no es revolución, sino ejecución de la sociedad en el patio de un presidio, por galeotes que se sublevarán. Dos, tres, cuatro, diez personas venerables y licuadas cerebralmente, nada significan en una masa de bandoleros rencorosos y bestiales. El general Díaz tenía ochenta años, su próxima muerte debía producir una renovación más o menos amplia. Lo racional, era es-

(1) Pedro Lamicq. "El Dolor Mexicano," pág. 20.

(2) Licenciado José R. del Castillo. "Historia de la Revolución Social de México," pág. 52.

perar; la situación nada tenía de intolerable para la masa nacional.

Pero la espera no convenía al verdadero amo de la patria, el proletariado intelectual. En el caso de salir electo Corral, no podía tomar posesión de la Presidencia sino después de la muerte del general Díaz. El mal era probable, y a plazo indeterminado; mientras que una revolución sin patriotismo, sin principios, sin virilidad ni moralidad en sus apóstoles, era catástrofe inaudita, segura. La causa de la satanización de los "científicos," era el escandaloso robo público que hacían al país, asociados, y en representación de los extranjeros que se lo tragaban. Como se ha visto, la acusación era estúpida, y no resistía al examen de un criterio medianamente ilustrado. En México, la ilustración reside en la clase media; le sobraba, pues, competencia para rechazar las calumnias de los agitadores, y así evitar una revolución que debía ser una ejecución, en la que ella figuraría sobre el cadalso, sin inspirar piedad.

Y si esa clase no hizo lo que su gran ilustración le prescribía, fué porque le sobraba corrupción, le sobraba envidia, le sobraban pasiones reductoras de su ciencia, por elevada que fuese, a cualquiera ilusión de manicomio. El proletariado intelectual, demagógico y granuja, triunfa irresistiblemente donde encuentra almas que le sirven para calcetines; y del mismo modo que de los obreros hace bolshevistas, de los mesócratas hace fieras de hipódromo que, con sus gestos, gritos y chasquidos de látigo, a su antojo maneja. La mesocracia odiaba a los "científicos," por ladrones; por eso llamó a la Revolución, y la Revolución sabrá vengarlos. Enseñará a la mesocracia cómo se roba, cuando se roba de veras. No debo concluir este párrafo sin hacer notar, que México debe todo su progreso, al proletariado intelectual; mientras éste, aun cuando vicioso en su masa, tuvo a su frente una Plana Mayor de eminencias que podían luchar contra el proletariado demagógico, con el apoyo que les presta-

ban el ejército y la opinión pública, que poco duraban, pues siempre vencían los agitadores. Conforme fueron degenerando el ejército y la opinión, la autoridad de la demagogia fué aumentando, hasta ser soberana absoluta. La Revolución debía ser la obra casi perfecta de esa soberanía. La política del César, fué hacer lo más grande posible a la demagogia, y la ruina del país prueba que lo consiguió.
